

JOSE MARIA ESCRIVA DE BALAGUER

EXALUMNO DE BARBASTRO

*«... por el cariño tan grande que siempre he sentido
a las Escuelas Pías»*

*Mons. Escrivá de Balaguer,
ex alumno del Colegio de Barbastro
en su última visita al mismo en el año 1975*

Esta tierra de Aragón ha sido siempre generosa con las Escuelas Pías. Aquí, por amor de Dios y de los esposos Pedro Calasanz y María Gastón, nació en 1557 el santo Fundador. Aquí, desde Cerdeña, vinieron los escolapios para abrir el colegio de Barbastro el 22 de julio de 1677. Aquí se han educado en la Piedad y las Letras miles de alumnos, muchos de los cuales y gracias a la formación recibida, han recorrido con pie firme los caminos del arte, de la ciencia, de la milicia, de las letras, de la santidad. Dejádme seleccionar cinco nombres y descubrirme ante ellos mientras los escribo: Goya, Cajal, Palafox, Vicente de la Fuente, José María Escrivá de Balaguer.

Y como estábamos en Barbastro, hablemos un poco del Fundador del *Opus Dei*.

Alumno: siembra y cosecha

Nació en Barbastro el 9 de enero de 1901. De su casa al colegio, en suave pendiente, alrededor de 300 metros. En una página del Registro Escolar, se lee: «25. José María Escrivá Albás —edad, 9 años,— nombre de los padre, José, Dolores —profesión, comerciante — domicilio, Calle Argensola, 27».

José María había entrado en el colegio a los 8 años, en 1908. Y en el colegio estuvo hasta que la familia se trasladó a Logroño. La última guerra civil (1936-39) destruyó en casi su totalidad el archivo escolar. Pero aún así podemos dar algunos datos seguros.



Cursó en el colegio toda su primera enseñanza y tres años de bachillerato. Para el bachillerato hizo su examen de ingreso en 1912 en el Instituto de Huesca y fue haciendo los demás exámenes en el Instituto general y técnico de Lérida. Como dato referencial, en 1909 estaba formada la comunidad por 16 religiosos y asistían al colegio 411 alumnos, un buen grupo como alumnos internos. Entre los años 1906 y 1915 fueron rectores los PP. José Godos y Manuel Coll, dos escolapios insignes, el primero sobre todo, que había sido maestro y confesor de Alfonso XIII y Provincial de Aragón, y fue después Vicario General de todas las Escuelas Pías de España. Maestros suyos fueron también los PP. Juan Otal, Pedro Martínez Heras, José Beteta, Eustaquio Arauz, Manuel Laborda, Enrique Labrador... Buena gente. Uno de ellos, el P. Saturnino Lacuey, martirizado en Alcañiz el 20 de julio de 1936, procedería a su discípulo en el camino de la gloria.

José María Escrivá estudió mucho y bien en el colegio. Lo sabemos por referencias directas de algunos de sus condiscípulos, por algunas hojas de cuadernos colegiales y especialmente por el semanario *Juventud*, que trae en sus gacetillas listas de alumnos y notas obtenidas en los exámenes. Las notas del alumno José María van del notable al sobresaliente, con preferencia del sobresaliente. Hasta en latín lo tuvo, a pesar de que el latín no era santo de devoción. Lo dijo él mismo en Buenos Aires en 1974:

«Recuerdo que cuando cursaba el Bachillerato, estudiábamos latín en el colegio. A mí no me gustaba; de una manera necia — ¡estoy ahora tan dolido de eso! — decía: el latín para los curas y los frailes...».

De aquellas semillas colegiales brotaron luego espigas de buen trigo: un amor entrañable a San José de Calasanz, la devoción a la Corona de las doce Estrellas, la costumbre de la frecuente Comunión espiritual... Y entre los recuerdos, quedó uno muy entrañable y duradero. Cigámoselo a él, que lo contó así en 1972:

«Cuando hice mi primera Comunión —tenía seis o siete años—, me quede muy contento, y siempre me da alegría recordarlo. Me llevé a mi madre a su confesor y ... ¿sabéis lo que me puso de penitencia? Os lo digo, que os moriréis de risa. Aún estoy oyendo las carcajadas de mi padre, que era muy piadoso, pero no beato. No se le ocurrió al buen cura —era un frailecito muy majito— más que esto: *diras a mamá que te de un huevo frito*. Cuando se le dije a mi madre, comentó: *hijo mío, ese padre te podía haber dicho que te comieras un dulce, ¡pero un huevo frito...!* ¡Se ve que le gustaban mucho los huevos fritos!

¿No es un encanto que venga al corazón de un niño — que todavía no sabe nada de la vida, ni de las miserias de la vida— el confesor de la madre a decirle que le den un huevo frito? ¡es magnífico! ¡Aquel hombre valía un imperio!»

La primera comunión a los diez años, el 23 de abril de 1912, fiesta de San Jorge, patron del reino de Aragón. Otra vez le cedemos la palabra:

«Y me preparaba un viejo escolapio, hombre piadoso, sencillo y bueno. El me enseñó la oración de la comunión espiritual:

—Yo quisiera, Señor, recibirlos con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y fervor de los Santos».

Este escolapio se llamaba Enrique Labrador (1855-1912), nacido en La Codoñera (Teruel) y fallecido en Daroca. Según su necrología, fue un especialista en la enseñanza de las ciencias y en la dirección de las almas. Y habría que añadir ahora las palabras de su joven alumno: era un frailecito muy majito, hombre piadoso, sencillo y bueno, un viejo escolapio que... valía un imperio. ¡Feliz maestro, juzgado tan sabiamente por su discípulo!



Mons. Escrivá de Balaguer en fila 1.ª, sentado, n.º 5 de derecha a izquierda, con calcetines a rayas

Exalumno: tres notas de agradecimiento

Tres notas o testimonios, y que vayan por orden.

1. El 24 de febrero de 1947 recibía la Obra el *Decretum laudis* de la Santa Sede. Desde hacia tres años residía en Roma Mons. Escrivá. La aprobación definitiva llegó el 16 de junio de 1950. Y tres meses antes, tras rezar ante el sepulcro y las reliquias de San José de Calasanz, entregó al General de las Escuelas Pías, P. Vicente Tomek, un ejemplar de *Camino* con esta dedicatoria autografía:

«Al Rev. mo P. Vicente Tomek, con el agradecimiento y el cariño de este antiguo alumno de las Escuelas Pías.

Josemaría Escrivá de B.

Roma, marzo, 1950»

2. El 21 de octubre de 1960 la Universidad de Za-

ragoza concedió a Mons. Escrivá el doctorado «honoris causa». Resultó solemnisísimo el acto. La revista *Universidad* 3-4 (1960) 720-739 publicó una buena reseña y recogió íntegro el discurso que pronunció Mons. Escrivá sobre las *Huellas de Aragón en la Iglesia Universal*. Por ese discurso van desfilando los grandes personajes cristianos de Aragón. La lista y el discurso se cierran con la aparición de San José de Calasanz. Lo presentó así el orador:

«Permíteme... hablaros todavía de un hijo de esta tierra, el mejor tal vez entre los mejores, y que a mí me ha inspirado siempre una especial veneración: San José de Calasanz.

En la circunstancia histórica de la primera mitad del siglo XVII, cuando la sociedad estamental se hallaba todavía en la plenitud de su apogeo, el ideal pedagógico de San José de Calasanz, en abierta pugna con la mentalidad de entonces, aparece ante el ob-

servador de hoy con dimensiones de intuición profética. En una época en la que se juzgaba indiscutible que la instrucción superior era patrimonio exclusivo de los jóvenes de la aristocracia, y que al pueblo se le debía enseñar tan solo la doctrina cristiana y en todo caso las primeras letras, el Jesuita del Santo aragonés de cultura y educación para todos, de formación integral —científica y doctrinal, profesional y humana— de los hijos de las clases populares había de encontrar, forzosamente, la más cerrada incompreensión y oposición en contra de él las tempestades que le azotaron con tan estremecedora violencia. Era lónico que fuesen tantos los que —como escribía el Santo—. «son del mismo parecer, de que no se enseña a los pobres sino los rudimentos»; que fuesen legión los que se escandalizaban —son también palabras suyas— «de la escuela única, con mezcla de pobres y ricos, plebeyos y nobles, bajo el mismo maestro». Y es que San José de Calasanz era un precursor, se adelantó en siglos al tiempo en que vivió. La idea que preside el proyecto educacional de las Escuelas Pías habría de esperar el paso de varias generaciones para abrirse camino; para ser considerada, primero, como aspiración justa y razonable y, después, como urgente necesidad de las más modernas sociedades y tarea apremiante de la política cultural de todos los países.

San José de Calasanz era un precursor y esa fue la razón de sus muchos infortunios, pero eso es también, justamente, su mejor timbre de gloria. El Espíritu Santo, presente siempre en la Iglesia, inspiró a José la respuesta adecuada a unos tiempos nuevos, a esas transformaciones de la sociedad que los hombres avisados de su época todavía no adivinaban en el horizonte de la historia. San José de Calasanz fue el instrumento escogido por Dios, para preparar solución cristiana a una de las más grandes necesidades de un mundo que estaba todavía por venir, pero cuya hora llegaría. Por eso es gloria de la Iglesia universal y honra de esta tierra de Aragón «onde nació».

3. El agradecimiento y el cariño del antiguo alumno se multiplicó en conversaciones personales con escolapios y en cartas escritas a los mismos. Como prueba de su afecto perenne a las Escuelas Pías y a su Fundador, valga por todas esta carta, dirigida al P. José Mur, antiguo compañero de estudios en el colegio de Barbastro:

Monseñor Escrivá de Balaguer y Alós

Roma, 11 de septiembre 1971

Revd. Padre José Mur Cavero
BARBASTRO

Muy Revdo. Padre:

A mi regreso a Roma encuentro sus afectuosas cartas y los impresos que ha tenido la amabilidad de enviarme, y le tengo enseguida unas letras para agradecerlo de todo corazón. Me han dado alegría, por el cariño tan grande que siempre he sentido a las Escuelas Pías y al comprobar, una vez más, el mucho bien que hacen los R. R. P. Escolapios a tantas almas.

Estoy seguro de que, conservándose muy unidos y muy fieles al espíritu y a los fines de su Santo Fundador, saldrán siempre adelante en todo.

Con la seguridad de mis oraciones al Señor y a su Madre Santísima, le saluda atentamente

*su devoto
y admirador B.*

Venerable Jose María Escrivá de Balaguer

El 9 de abril de 1990, mediante un decreto de la Congregación para las Causas de los Santos, el Papa Juan Pablo II declaró probado que el siervo de Dios había practicado todas las virtudes cristianas en grado heroico. En consecuencia, el Fundador del *Opus Dei* adquiere el título de Venerable.

En Barbastro vivió su primer año de sacerdote José de Calasanz. En el colegio de Barbastro curso sus estudios de Humanidades (1845-50) José Manyánet. En el colegio de Barbastro pasó seis años, viviendo la Piedad y las Letras, José María Escrivá. Calasanz es santo desde 1767; Manyánet es beato desde 1984; Mons. Escrivá es venerable desde 1990. La historia no se detiene. La santidad tampoco.

Qué hermoso sería colocarles pronto a los tres juntos en la iglesia de su colegio. Seguro que les gustaría estar unidos en el altar, como lo están en el cielo.

Dionisio Cueva